

LA DEMOCRATIZACION UNIVERSITARIA RECORDANDO
CORDOBA

JOSE BENGUA C.

"Hombres de una República libre, acabamos de um
per la última cadena que, en pleno siglo XX,
nos ataba a la antigua dominación monárquica y
monástica. Hemos resuelto llamar a todas las co
sas por el nombre que tienen. Córdoba se redime.
Desde hoy contamos para el país una vergüenza
menos y una libertad más. Los dolores que quedan
son las libertades que faltan. Creemos no equi
vocarnos, las resonancias del corazón nos lo ad
vierten: estamos pisando sobre una revolución,
estamos viviendo una hora americana".

(La juventud argentina de Córdoba a los hombres
libres de Sudamérica. Córdoba, 21 de julio de
1918).

Así comenzaba el manifiesto del año 18. Su voz potente resonó por toda la
América Latina. Un llamado a la democratización universitaria, a constituir u
na verdadera universidad. Córdoba es un grito contra el autoritarismo, un gri
to de la razón y la juventud.

La Universidad lleva a la democracia como parte de sí misma. Y no se trata
de buscar esencias incommovibles. En la medida que la sociedad institucional
za la cultura, la creación científica y cultural, la educación y el saber se
producen exigencias propias a esa actividad. La democracia es exigencia inter
na al acto creativo, al proceso de estudio, reflexión y trabajo intelectual.
El autoritarismo elimina la crítica y fomenta la adulación; sin crítica, sin
oposición, sin libre juego de los contrarios no hay avance científico y cultu
ral. Las banderas levantadas hace cuarenta años por los estudiantes cordobeses
mantienen hoy día su plena vigencia, sobre todo en nuestro país.

No es necesario decir nada nuevo. Se trata de fustigar a quienes piensan
que el planteamiento democratizador obedece a ideologías obsecadas, a un afán

de introducir la politequería en las aulas, o un simple paso táctico para la agitación y la propaganda. Queremos volver a mostrar que la práctica de la democracia está exigida por el hacer mismo de esa institución. Anotaremos los principales aspectos que asume la democratización en la Universidad.

El primer aspecto tiene relación con la elección de autoridades. La Universidad se constituye en torno al proceso de conocimiento, de creación cultural, de disputa teórica, ideológica y política. Es en la tensión dialéctica del conocimiento en que profesores y alumnos constituyen lo que tantas veces -y tan poca seriedad- se ha llamado "la comunidad universitaria". Esa comunidad no es -ni tiene porque serlo- el espacio homogéneo, tranquilo, ordenado, exento de conflicto que pretende tanto aprendizaje académico en estos tiempos. El conocimiento no crece si no hay confrontación. Pero para que esta disputa sea fructífera se requiere de un "ámbito académico" especial. Es por ello que, de esta relación fundante, surge el concepto de AUTONOMIA UNIVERSITARIA. El proceso de conocimiento requiere del ámbito de libertad, de separación parcial de la contingencia, de responsabilidad -como dirían los antiguos- con la verdad, es to es, con la realidad, con los procesos concretos -profundos- de la sociedad. Es allí donde brota la comunidad autónoma en torno al saber.

Es en función del conocimiento y de las formas propias de su desarrollo, que surge la autonomía. De ella surge el colectivo académico que debe darse sus propias reglas y debe elegir sus propias autoridades. Hay una relación estrecha y directa entre proceso de conocimiento, constitución de la Universidad como colectivo que realiza prácticamente el proceso científico, autonomía universitaria -condición para la realización del conocimiento libre- y autoregulamentación universitaria con elección de autoridades.

"Si los hombres se caracterizan por sus ideas, si éstas son el único elemento diferencial que los separa, lógico es suponer que la similitud de las mismas los atraiga y los una" (Córdoba). En torno al saber se dan las posiciones y en torno a las posiciones surge la comunidad y las autoridades. Pero no es "desorden político" sino vida universitaria, o más simple, Universidad.

El Claustro Universitario expresa materialmente la Universidad viviente; es el colectivo de conocimiento. Este claustro se hace efectivo cuando determina autónomamente los reglamentos de la Universidad, elige las autoridades, conduce y orienta la investigación, docencia y extensión universitaria, esto es, cuando ejerce la autoridad académica. Al no constituirse el claustro la Universidad se mantiene castrada, no logra constituirse como un espacio activo de la cultura y la crítica tiene el poder no la autoridad.

El claustro universitario es un ámbito privilegiado de práctica de la democracia. "La función electiva es primordial en todo gobierno. De su amplitud depende la selección de los hombres llamados a ocupar posiciones dirigentes y su libre y periódico ejercicio garantiza la capacidad de los llamados a ejercerla" (Córdoba). La Universidad debe servir de experiencia práctica de trabajo democrático, experimentación cotidiana de la fuerza de los argumentos y la razón, frente a una sociedad dominada por la fuerza irracional. La Universidad tiene un aspecto de anticipación de la sociedad que se proyecta en la cultura

y la ciencia; desde Córdoba aparece la preocupación democrática universitaria como prefiguración de la democratización del conjunto de la sociedad: "las universidades han llegado a ser fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad servil" (Córdoba). El cambio de la Universidad anuncia el cambio de la sociedad.

El segundo aspecto de la democratización se refiere a la participación estudiantil. En tiempos en que los propios "dirigentes estudiantiles" oficiales autolimitan su participación, y señalan "no estar preparados" para participar, bien vale recordar la historia. "La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros" (Córdoba).

Las reformas universitarias han sido siempre presionadas por los estudiantes. Ellos son el "motor del cambio" en las universidades. La participación ha sido la reivindicación central. La Universidad Oligárquica era antiparticipacionista. El claustro estaba formado por los catedráticos de largos años de calificación. El estudiantado estaba subordinado a los "poseedores" del saber. Esta no participación estudiantil se fundamenta -aún hoy en día- en una concepción profundamente retardataria del proceso de conocimiento. El saber no surge del encuentro dialéctico del aprendizaje, ni en la discusión de planteamientos encontrados; por el contrario, son ciertas personas "que conocen" (por su capacidad individual y cierto privilegio casi semejante al de la nobleza aristocrática); ellos son los que saben, son los que poseen la verdad y la vierten en un monólogo ampuloso.

La cátedra se transforma en el supremo mito. Desde allí el maestro dispara sus conocimientos; despotrica contra sus enemigos, alaba a los de su casta y trata de convencer a los alumnos de que son unos imbéciles y que muy pocos llegarán a saber lo que él guarda en su sabia inteligencia. Las pruebas y exámenes consisten en "pillar" al alumno en lo que no sabe. "Las notas cuatro para los buenos alumnos, el cinco para el genio, el seis para mí y el siete para Dios", decía un catedrático famoso.

"Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y por consiguiente infecunda" (Córdoba). Romper la cátedra, esto es, romper una práctica decimonónica, la práctica catedrática retardataria, es parte necesaria del proceso de democratización y está íntimamente unido con la participación estudiantil.

El error de las reformas ha sido muchas veces separar el problema de gobierno de la Universidad -la participación de los estudiantes en el poder universitario- con la participación en el proceso de conocimiento. La separación entre investigación y docencia es parte de esta práctica. El profesor "tira" a los alumnos el resultado de su aprendizaje individual. La participación estudiantil pasa por su integración al conjunto del proceso de conocimiento y de allí su derecho a participar en el gobierno de la Universidad. Los pupitres no tienen derecho a co-gobernar. Los alumnos que reciben pasivamente las materias de catedráticos instalados en podios lejanos, que tratan de pasar de curso "copiando" y que van en busca de un cartón, tampoco pueden invocar el derecho al co-

gobierno. Participación estudiantil en el manejo universitario va de la mano con la redefinición de la práctica académica.

Y en esto no hay peligro de anarquía, como tanto se repite. "Ante los jóvenes no se hace mérito adulando o comprando. Hay que dejar que ellos mismos elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto ha de coronar sus determinaciones. En adelante, sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien" (Córdoba).

La política universitaria pasa por esta dimensión. Se podrá hacer política -en general- a la salida de clases, en los pasillos, pero en la medida que no se incorpore en un todo el hacer universitario, no se estará haciendo política universitaria.

El tercer aspecto de la democratización dice relación con el ingreso universitario. La Universidad es elitista también -y principalmente hoy día- por su composición social. Las políticas de autofinanciamiento, de pago de matrículas, de selección universitaria, etc., tienden a elitizar el ingreso. Incluso para algunos economistas existe una relación directa entre agitación estudiantil y pago de matrículas. Subiendo la matrícula bajaría la agitación. La apertura de la Universidad a los sectores populares es parte sustantiva de la democratización.

Pero el elitismo no consiste solamente en que todos los universitarios sean parte de una sola clase social. La Universidad al ser "exclusiva", ve la sociedad desde un solo punto de vista, desde el prisma de los intereses particulares de un grupo. Se atenta gravemente contra su carácter universal, esto es, lugar de debate de todos los puntos de vista. La Universidad no sólo no es democrática en su composición sino que tampoco en sus contenidos.

Es por ello que la apertura de la Universidad a los sectores populares no es sólo un asunto de matrículas y becas de estudio. La propia Universidad debe modificarse. Una educación discursiva, libresco, en la que se supone una base cultural social e incluso económica, segrega a los sectores marginados. Los alumnos más aventajados siguen siendo los que provienen de familias con recursos económicos y culturales. La democratización de la matrícula sin cambio en los contenidos se transforma en una burla a los estudiantes pobres. En la democratización no se trata de cerrar los ojos a las diferencias culturales sino, por el contrario, asumirlas de forma concreta para permitir que exista una verdadera posibilidad de igualdad.

Finalmente dos consideraciones: ¿es posible plantear la bandera de la democratización universitaria en una sociedad no democrática? La Universidad suele caminar a ritmos no necesariamente simultáneos a la sociedad. Es posible pensar en avances aislados y también que éste sería un elemento sustantivo de la democratización social. Y este problema nos lleva a aquel de la política universitaria. Para muchos la Universidad es sólo un escenario de las luchas políticas del país, sin especificidad alguna, se le utiliza como plataforma de lanzamiento. Es la imagen -bastante real- del "politiquero" que utiliza la

tribuna universitaria para sus fines (promoción personal). Pensamos que la renovación del quehacer político pasa por otorgarle a cada escenario su especificidad. El error del pasado fue considerar toda preocupación académica como retrógrada. El cambio de la Universidad se sustenta en la crítica, la cultura y la práctica del conocimiento. De allí surge la imperiosa necesidad de democracia y la proyección del movimiento hacia el conjunto de la sociedad. Es la enseñanza que podemos sacar leyendo hoy día, Córdoba.

LA FECH DE LOS AÑOS VEINTE IN

EDUARDO VALENZUELA

JOSÉ PRINCEPIA

